

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

EL TRIBUNAL.

El doctor en medicina don Atanasio Varea Vazquez, persona muy conocida en Cádiz por sus pildoras salutíferas, reside ahora en Antequera.

En esta ciudad famosa, frontera un tiempo de moros, piensa publicar un periódico con el nombre de *El Tribunal*.

Este señor, en una circular que ha pasado á las redacciones de todos los periódicos que hoy salen á luz en España, dice lo siguiente:

«Por el adjunto prospecto se instruirá V. de la publicación que *se pretende* en esta ciudad, bajo mi dirección, *con el fin exclusivo de ostentar el talento escaso que deploro en favor de la sociedad.*»

Nosotros habíamos visto fundarse periódicos con el propósito de defender los intereses de un partido, de una ciudad ó de una de las clases del Estado, con el de difundir los conocimientos literarios de sus redactores, con el de buscar alguna diversion á los que se suscriben; pero hasta hoy teníamos reservada por la Providencia una dicha incomparable: La de establecerse un periódico *con el fin exclusivo de ostentar, no la erudicion y el buen deseo de sus editores, sino el talento escaso que deploran en favor de la sociedad.*

Si tan escaso es y tan deplorable, ¿á qué viene el ostentarlo, cuando en vez de servir para provecho del linaje humano, podrá convertirse en instrumento de males sin número?

No es menos feliz el doctor don Atanasio Varea Vazquez en el prospecto.

«Nuestra pluma, mas allá del talento escaso que deploramos, ha cargado sobre nuestros hombros el peso inmenso de la espinosa misión que anunciada aparece en el programa doctrinario que antecede.»

De forma, que la pluma del señor don Atanasio le ha echado áuestas una carga pesadísima, como si fuera de leña ó un barril de aceite ú otra quisicosa del mismo género, tamaño y gravedad. ¡Dichosa pluma, que tanto poder tiene! mil veces dichosos los hombros del señor Varea que con el peso de su pluma *mas allá del talento escaso que deplora*, lleva en las espaldas la espinosa misión de doctrinar al mundo!

«Tenemos (continúa) cifrado el apoyo de nuestro criterio en el auxilio moral de los hombres sensatos.»

Y dice muy bien; porque con la carga que le ha echado encima su pluma *con el talento escaso que deplora*, un apoyo es cosa muy necesaria para no venir á tierra con el peso.

«Sea en verdad (prosigue) empresa difícil la de arrancar el vetusto árbol de los vicios, que *entronizando sus raíces en el corazón hu-*

mano produce el fruto conque se alimenta la flaqueza del hombre.»

Por cierto muy flaco debe quedar un hombre que tiene que alimentar un árbol vetusto, que sin mas ni mas, y solo porque le ha dado gana, ha entrado como Pedro por su casa en el pecho del hombre. Y luego diciendo, aquí que te pillo, aquí que te cojo, ha sentado sus reales en el corazon humano, para chuparse con sus raices toda la sangre que depositan las venas en aquella parte tan necesaria para nuestra vida.

En verdad que la desvergüenza de este vetusto árbol, ó mas bien la gorronería, merece un severo y ejemplar castigo, ó que una fuerza poderosa le diga, «por aquí es el camino:» váyase usted con la música á otra parte.

Pero el señor Varea, que con el exclusivo fin de ostentar el escaso talento que deplora, pretende fundar un periódico en la antigua ciudad de Antequera, ha creído oportuno sacudir el polvo al susodicho ó suso-espresado árbol, y acabar con él para escarmiento de bribones entretenidos. Y para salir mas airoso en la empresa, ha apelado, no á los Miñones, *última ratio regum*, ni á la roja cuchilla del verdugo, como diria un romántico moderno, sino á mejor, mas poderoso y mas terrible instrumento.

«Veamos (dice el doctor don Atanasio Varea Vazquez) veamos si el filo de nuestra severa pluma cortar puede ese árbol, símbolo de nuestra desgracia, sin temor de vanos esfuerzos.»

El filo de la pluma de este señor cortará y echará á tierra ese vetusto árbol de los vicios que ha *entronizado* sus raices en el corazon humano. Mucho nos alegraremos que alcance dichoso fin en su empresa.

Quizá dirá algun maldiciente que cómo una pluma podrá *con su filo* (si filos tienen las pluma)

mas) derribar un árbol. Pero á eso responderemos que esa misma pluma ha echado á cues-tas una carga al señor Varea. Conque si antes fué cargadora, ¿porqué estraña que pueda luego cortar leña?

El señor don Atanasio no ha querido terminar su proyecto sin soltar un rasgo de su profunda erudicion: rasgo que por su novedad causará espanto y admiracion á los que lo lean.

«Esquivamos (dice) el inmundo cieno que ha colocado en su conflicto á la hermosa Iberia, aquella que en otro tiempo mereció el justo titulo de *Parayso de la Europa*.»

Como este titulo de *Parayso de la Europa*, ningun escritor antiguo ó moderno ha dado á España, creemos que el señor Varea lo habrá adquirido en la lectura de algun manuscrito fenicio, sin duda del tiempo en que cuentan las crónicas que el caballero Hércules andaba haciendo mil fechorías por este pícaro mundo.

Hay sin embargo quien teme que esta noticia será nacida de una circunstancia harto triste por cierto. Es de saber: del talento escaso que deplora en favor de la sociedad el amigo don Antonio Varea Vazquez.

PROYECTO DE LEY.

En la *Guia de Comercio* y en la *Patria*, periódicos de Madrid, hemos leído un documento estravagante que fué presentado á la famosa junta general de Agricultura.

Empieza así:

PROPOSICION DE LEY.

Artículo 1.º Desde 1850 el primer dia de

fiesta de cada otoño lo solemnizará todo español abriendo dos hoyos de á vara cúbica el que menos, en el parage que previamente se le señale.

Artículo 2.º Todo individuo nacido ó naturalizado en España, sin distincion de edad, sexo ni estado llevará á los hoyos ya expresados el último día de fiesta de cada otoño, dos varas y frescas, de cualquiera de los árboles, que plantará y cubrirá de tierra en el modo y forma que se diga, sembrando además de asiento cinco simientes ó huesos frutales, nueces, piñones, castañas, bellotas, &c., en diverso sitio que la primera autoridad de cada pueblo tendrá designado y abonado previamente en sus propios para que el año venidero puedan trasplantarse á otro punto los arbolitos que hubieren germinado, y se podarán los plantados en el anterior de las ramas inútiles ó muertas. Estos árboles han de ser precisamente de las clases de nogal, encina, pomar, enebro, castaños, pinos, álamos, olmos, acacia, alerce, alcornoque, fresno, sauce, chopo, ciprés, carrascos, cedro, almendros, robles, moreras, abeto, almez, tilo y palmeras.

¡Oh! ¡si esta proposicion se llevase á cabo, cuántos bienes traería á los mortales!

¡Qué espectáculo tan hermoso sería ver á las señoras elegantemente vestidas y con sombreros ó mantillas de blondas, llevar en las manos, que cubrirían guantes blancos de cabritilla para mayor solemnidad, las ramas de los arbolitos, y en las bolsas huesos de melocotones y damascos! Y no sería menos admirable que los caballeros, vestidos de etiqueta, cavasen y pusiesen los troncos que habian de dar frutos ópimos para el tiempo futuro.

No sabemos en Cádiz dónde iríamos á plantar los árboles. Puede ser que el gobierno nos enviase á sembrar al campo de Chiclana, viaje á la verdad bastante largo; pero el deseo de que la agricultura se acrecentase en nuestra patria, daría ánimo á los amantes de la quietud del cuerpo.

Otro de los artículos buenos que tiene es-

te proyecto de ley, es el siguiente:

Artículo 7.º A nadie se exime de este deber: las monjas lo cumplirán en los conventos, ó delegarán personas que lo ejecuten en los cementerios ó inmediación de ellos.

Sigamos adelante en nuestro análisis, que puede ser muy bien que encontremos con otro artículo en que se ordene á los perros y á los gatos que planten sus arbolitos, ó que se prevenga á los primeros de estos animales, que de ningún modo se acerquen en ocho varas en contorno á las ramas sembradas, no sea cosa que con el fin de fertilizarlas hagan de ellas algun desaguisado.

En el proyecto hay otros artículos no menos curiosos. Dicen así:

Artículo 11. El que pudiendo se escuse de emplear sus manos para solemnizar debidamente estas funciones nacionales, será tachado por sus parientes, amigos y allegados de holgazán, ridículo ó mal español, al cual sin embargo solo se le mortificará con chistes ó canciones que no produzcan disgusto, obras ni arasperacion en tales actos de sociabilidad, fraternidad y alegría. Las familias podrán distribuir los trabajos personales entre mañana ó tarde; la caballerosidad ó galantería del fuerte suplirá las omisiones del débil.

Artículo 12. Al jefe de familia corresponde castigar con multa discrecional y proporcionada al inferior indolente que hiciere imperfectas ó incompletas las operaciones, dejare de plantar, cuidar ó visitar los árboles que le corresponda en cualquiera de las tres fiestas, cuya suma se invertirá en el acto en solazarse á costa del infractor, sin maltratar ni ofender á nadie.

Artículo 13. Estas alamedas y florestas, como en tiempo de los druidas, se considerarán sagradas, y al que maltratase voluntariamente un árbol se le reputará como perverso de corazón; el ayuntamiento le obligará á pagar de uno á cinco duros para reemplazarlo, ó á treinta días de prision. Los presos y confinados completarán con un día de trabajo las faltas que hubiese habido.

¡Lástima es en verdad que un proyecto tan

admirable y digno de memoria se pierda para siempre en las aguas del olvido!

Pero tal es la condicion de los humanos. Tienen en mas estima lo que sigue la senda de las vulgaridades, que aquello que en pos de la conveniencia, lo llevará al templo de la felicidad: fin á que debo aspirar en la tierra todo fiel cristiano.

ULTIMOS CANTOS DE UN CISNE.

Con el mayor gusto insertamos la siguiente composicion, última que escribió el eminente literato DON ALBERTO LISTA, en la convalecencia de uno de los ataques de su enfermedad.

A mi sobrina Cecilia Garcia y Agudo.

Tú, de hermosa madre hija,
y como tu madre hermosa,
delicia de tus hermanos
y de tu familia gloria:
Oye de tu anciano tío
las voces afectuosas,
conque, al volver del sepulcro,
á ser felice te exorta.

Ese don de la hermosura,
por el que tanto blasona
la juventud, é inesperta
sus verdes años malogra:

Flor es que caduca yace
cuando el noto airado sopla:
cualquiera lluvia la anega,
cualquier sol la descolora.

Todo muere: mas el cielo
á tí, beldad lastimosa,
dos muertes te ha destinado
para ajar tu orgullo y pompa.

Una, cuando el fiero tiempo
vibra la guadaña corba:
entonces el oro es nieve
y son arrugas las rosas.

Otra, cuando del sepulcro
se abre la funesta losa,
y á la beldad y á la bella
prende por siempre en sus sombras.

Solo la virtud, Cecilia,
la muerte y vejez ignora;
los años la fortalecen
y la tumba la acrisola.

Fija en ella tus deseos:
las flores que la coronan,
hacen dichosa la vida
y en la eternidad se logran.

Y pues belleza, heredada
de tu amante madre gozas,
hereda, y serás felice,
las virtudes que la adornan.

ALBERTO LISTA.

Sevilla: Mayo de 1848.

(Del Album de las bellas.)

LA COPA DE ROM.

[Concluye.]

IV.

LA FRANCIA Y LA ITALIA.

Un mes despues se hallaba la Italia en conmocion; queria defender sus derechos contra la Francia, y aunque los imperiales habian sido derrotados dos veces en el Po, aun le quedaba que sostener la célebre batalla de Marengo, que se entabló con arrojo el veinte y cinco de junio, debiendo decidir de la suerte de la Italia.

Habian pasado el Bórmina los italianos, re-

sueltos á abrirse paso: eran superiores en número y sorprendiendo la vanguardia francesa, la hicieron varias veces retroceder.

Mientras que ambos enemigos se acometen furiosos, recorramos con la vista el sitio del ataque, y entre los desgraciados que exhalan su último suspiro al golpe de un sable, ó atravesado el corazón por una bala, el estruendo del cañon, y la gritaría, distinguiremos hacia un lado del puente á dos oficiales contrarios que se encuentran de improviso y que en lugar de acometerse se miran con asombro. Un momento despues dijeron ambos: «Luigi!» «Eugenio!» y sus manos se enlazaron.

No sabemos si hubieran terminado por abrazarse segun el afecto que mostraban; pero de repente se oyeron los gritos de: *viva la Francia!* y *viva la Italia!* que daban los soldados: sus manos se separaron como heridas por una chispa eléctrica y sus espadas se cruzaron. Su amistad habia cedido á las leyes del honor y empezaron un combate á muerte. En aquel momento eran solo dos jóvenes, uno italiano y otro francés!

Dejadles lanzarse golpes terribles, y retrocedamos un poco para ver á un oficial de los imperiales que sin duda queriendo presenciar aquel duelo personal, se habia cruzado de brazos esperando que se decidiera.

El combate de los jóvenes duró bien poco: Luigi quiso adelantarse y recibió una ostocada en el pecho. La ley del honor desapareció para Mr. Eugenio cuando su amigo cayó en tierra, y quiso lanzarse para recogerle en sus brazos.

Apenas habia hecho un leve movimiento, una espada chocó contra la suya y una voz le dijo:

—Adelante!

—Sea, contestó Eugenio recobrando su valor; porque habia reconocido á aquel oficial enemigo, y su admiracion dió lugar á su propia defensa.

Mr. Eugenio fué atravesado de parte á parte, pudiendo pronunciar solo un nombre que se confundió con el ruido del cañon y los gemidos; su contrario permaneció inmóvil. Cuando conoció que habia espirado, apareció una sonrisa en sus labios, la sonrisa de la venganza, y sin mirar siquiera á Luigi, que le daba las gracias, se mezcló entre el humo y el polvo.

Sin embargo, se dirigió hacia el Bórmida, dejando á sus compañeros defender las banderas que él abandonaba.

La patria no era el deber que le habia llamado á aquel sitio.

V.

LA ACTRIZ DE APOLO.

La Francia venció tambien esta vez á la Italia. Napoleon habia conseguido otra victoria despues de un encarnizado combate de muchos dias.

Marengo era para Napoleon una nueva hoja tejida á su corona de laurel.

Este suceso consternó á toda la Italia; pero volvamos á la capital para ocuparnos de algunos antiguos personajes de nuestra historia.

La casa de la señora Ferranti era la mansion de la tristeza y el dolor despues de la repentina desaparicion de Cafarolli, que contribuyó mucho á la enfermedad de la madre de Isabella. Se dijo que Cafarolli, el nuevo oficial de los imperiales, habia muerto: Isabella recibió con la mayor indiferencia la noticia de la pérdida de los dos hombres que se habian sacrificado por ella. Isabella no tenia corazon: no sabia sentir, no sabia explicar lo que era una passion.

Algunos meses pasaron, y olvidando Isabella enteramente la batalla que le habia robado dos adoradores, correspondió con su amor á un cantante del teatro de *Apollo*, y dejándose llevar por los consejos de éste, se contrató como *prima donna*. Isabella no dió parte á su familia de este suceso, que faltó poco para que privara de la vida á su madre.

Hizo su primera salida en la escena, y no fué muy bien acogida: porque su voz, aunque era dulce y suave, tenia muy poca estension, y no era cual convenia á una actriz del gran teatro de *Apollo*.

Isabella penetró cuál seria su suerte en lo futuro y se entristeció; los remordimientos, terrible agente que siempre vá detrás de la mala accion, pasaron por su vista y conoció lo grande que era su falta. Sintió que un letargo se apoderaba de ella: un sueño, en que

veía á Cafarolli y á Eugenio ensangrentados, que venían á reconvenirla, y la desgraciada joven perdió el sentido. Al volver en sí se le apareció su madre, enferma por su causa, su madre, que tanto la había amado.

La culpable quiso romper su contrato, y se dirigió á casa del empresario, que se admiró de su rostro tan demudado.

—Vengo, si aceptais, para dejar de pertenecer al teatro, porque el público me ha recibido mal, y no quiero esponerme por segunda vez.

—Es imposible, contestó el implacable empresario; sabeis que hay funcion esta noche, y debeis cantar en ella.

Al oír Isabella semejantes palabras, sintió renacer todo su orgullo de familia y volvió la espalda al empresario del teatro de *Apollo*, con intencion de dejarlo comprometido, sugándose de la ciudad, sola, sin su nuevo amante, sin el hombre por quien habia descendido de su clase.

Pero el empresario, que no era tonto, supo tomar tan bien sus medidas, que la impidió llevar á cabo su proyecto, y la hizo esperar hasta el cumplimiento de su compromiso.

No tenia mas remedio que salir al teatro aquella noche y cantar su parte en la ópera. Sin gusto, sin amor artístico, sin inspiracion en aquel momento, Isabella salió á la escena pálida como la cera, y rabiosa de no haberse podido vengar del empresario. Como tenia una figura interesante, fué saludada á su presentacion con un aplauso general, al que tuvo la imprudencia de contestar con una desdenosa sonrisa, que la grangeó el desprecio de la mayor parte de los concurrentes. Empezó á cantar y un silencio extraordinario reinó en el teatro; ni una palmada, ni una señal de aprobacion, nada, nada. Era aquello atroz, desesperante: Isabella estaba fuera de sí, y gritaba como un autómatas. En tan apurada situacion aparece en la escena su nuevo amante, que en el mayor desconcierto unió su voz gruesa y desapacible á la voz dulce pero trémula de la joven coqueta. Vuelve ésta á quedar sola, canta su ária, mira al público suplicante pidiendo un solo ¡bravo! una palmada, una mirada, un gesto de aprobacion del mas insignificante de los espectadores; pero la desdichada no hallaba mas que rostros impasibles, miradas fijas clavadas en ella con moladora es-

presion.... ¡Qué desesperacion! Canta de nuevo, se esfuerza, hace milagros.... de repente una horrorosa tempestad de silbidos y chibchos descarga sobre su cabeza, y entre los gritos y las espresiones groseras que se la dirigen, oye que la echan en cara la muerte de Eugenio y de Cafarolli.... La infeliz tiembla, titubea, alza los ojos con angustia, y vé en un palco, cerca de la escena, varios jóvenes de los que concurrían á su casa cuando estaba en compañía de su buena madre. De pie, con todo el cuerpo fuera de la barandilla, aquellos hombres gritaban mas que nadie, la decían mil insultos, arrojándole frutas y bolas de papel que la daban en el rostro. Isabella se estremeció, y se apoyó en uno de los bastidores mas próximos para no caer en la escena.

De pronto los jóvenes que capitaneados por Luigi gritaban desde el palco, se abrieron en dos filas, y apareció en medio de ellos un terrible fantasma, que hizo lanzar un grito espantoso á Isabella.

Era Cafarolli: el semblante encarnado, casi amoratado: los ojos brillantes: el pelo revuelto, enmarañado, sin corbata, desabrochado el chaleco, rota la camisa, y el frac desgarrado. Estaba ebrio, de todo punto ebrio, y llevaba en la mano derecha una inmensa copa de rom.

—Dejadme, dejadme, gritó; yo tambien vengo.... á solemnizar el triunfo de Isabella: toma, añadió arrojándola la copa; toma para que bebas á la salud de tu frances.

La copa de rom dió en la frente de la desventurada joven, derramándose el líquido sobre su pecho y desnuda espalda. No tanto por el dolor que la hubiera causado, cuanto por no poder resistir mas aquella tormentosa situacion, Isabella lanzó un débil grito, y cayó moribunda. El público seguía gritándole y silbando sin piedad, y entre aquel tumulto sobresalía la terrible voz de Cafarolli que decia en medio de sus espantosas sonrisas:

—Dejadme, dejadme, quiero ver á esa chica, quiero darla para que beba á la salud de su frances.

El empresario, por órden de la autoridad, mandó que dejaran caer el telon principal, que ocultó á la vista de los espectadores el cuerpo de su desgraciada victima.

Diez minutos despues, el teatro de *Apollo* estaba abandonado. Isabella habia sido condu-

cida moribunda á casa de su amante, y aquella misma noche espiró en un espantoso delirio, víctima de las terribles emociones que habia experimentado en la escena.

La señora Ferranti siguió pronto á su hija á la tumba, y en cuanto á Casaroli, nadie volvió á saber de él desde la noche del teatro de Apollo.

Cucarachicidio.

Paso de una pieza compuesta y representada abordo de la fragata *Colom*, en la última Noche-buena, navegando en los 41° de latitud Sur y 63° de longitud Este de Cádiz.

POLVAREDA, CHANA, TOM-GUIN, CURRO, CACHETE.

POLVAREDA (*con entonacion trágica.*)

¿Es esta la taberna del Pelado?...

su magnífico aspecto y sus olores á mi fiel corazón lo han revelado....

¿Cuanto de penas, ay, cuántos dolores tus recuerdos causaron á Cachete al sufrir de la mar la contingencia!

En tan grata mansion, dulce retrete, las horas de su plácida existencia resbalaron cual suelen en las flores las gotas del rocío en la mañana!...

¡Infeliz! ¡Infeliz!—Decid, señores, ¿quién me dará razon de doña Chana?

Cur. ¿Cuál doña Chana?

Polv. La de la liga rota,

la que dando quebrantos al trasero al danzar baile inglés, fandango y jota se movia sin fin como un pandero....

La del pelo castaño y negra péina, zagalejo punzó, nagua de puntas, que fué del Avapiés la hermosa reina, las mugeres venciendo todas juntas....

La que al herir el suelo por las calles con su par de simpáticas chancletas, hacia que brotasen como en vallo guirnalda de olorísimas mosquetas....

La que sembraba sal en sus meneos, la envidia de las damas de buen porte, el sol de las plazuelas y paseos y el encanto mayor que hubo en la corte...

La Chana, en fin, querida de un amigo, cifra y compendio, epitome y conjunto del amor mas leal que fuí testigo

cuando en mis brazos ¡ay! quedó difunto...
Chana (*que ha estado haciendo remilgos mientras escuchaba sus alabanzas.*)

¡Explicaos por Dios, que tengo el alma desleída, señor, como un jarabe!...

Desde que os vide entrar perdí la calma con ese aspecto y continente grave!...

Vos buskais á una hermosa doña Chana; y doña Chana soy, y soy hermosa;

¿quo preguntais por mí no es cosa llana? Por tal la tengo, y con el alma ansiosa

aunque sé que mis huesos destuetána escucho esa noticia desastrosa....

¿Decís que mi querido fué su amigo y de su triste fin fuisteis testigo?...

Polv. Si no fuérais su querida, le dijera que Cachete murió.

Chana. Pues yo lo escucho cual si su amante aquí ya no lo fuera.

Cur. ¡Oh pasion sin igual!

Polv. Mo alegre mucho que una pasion tengais tan verdadera á mi amigo Cachete....

Chana. Pero lucho con los chismes del mundo, y por mi honrilla yo no desmayaré de mentirilla....

Ah! oh! me desmayé!...

(*Desmáiyase y acude POLVAREDA á sostenerla.*)
Cachete (*aparte embozado.*)

Falsa ¡impostora!

Polv. Ayudadme á tenerla que me rindo...

Tom-Guim. God dem yes... verigüell! (*desviándose.*)

Polv. Ay; se colora, su rostro virginal, hermoso y lindo, como el rayo primero de la aurora la cumbre al despuntar del alto Pindo!... ¡Qué interesante está!... Por vida mia que estasiado de amor la abrazaría!..

Cur. Pero decid...

Polv. El qué?...

Cur. ¿Cómo la muerto fué de Cachete?

Polv. Bien, voy á contarla.

Cur. Ya escuchamos atentos.

Chana (*saliendo del desmayo.*)

De esta suerte me levanto tambien para escucharla: no dirán que muger no ha habido fuerte, ni manera mejor para alentarla que ocasion de saber la vida agena. Mientras dura la arenga sigo buena.

Polv. Señora, discurris con gran talento.

Cachete (aparte, sin quitarse el embozo.)

Voy creyéndome ya que no es ingrata.

Chan. Vamos, don Juan, prosiga con el cuento porque tanta tardanza me maltrata.

Polv. Todo el mundo á mi voz esté atento, y el caso que mi boca aquí relata lo tenga por artículo cristiano que no se atreva á negar ningún humano.

(Pausa, siguiendo en tono muy enfático.)

Eran las doce ya de Noche-buena y del alto cénit con luz fulgente y macilenta faz, la luna llena como inmenso farol era pendiente: la mar mostraba plácida y serena su espejo que hizo Dios omnipotente para poder copiar las lentas huellas de la luna, del sol y las estrellas.

Murmurando tal vez en son suave su seno de blanquísimas espumas, con blando acariciar abría á la nave dándola al discurrir lecho de plumas: lecho que el buque agradecerle sabe, pues al cruzar veloz las aguas sumas le pagaba las plumas con mil perlas moviéndose tan solo por verterlas.

Todo en silencio y soledad yacía, naturaleza en todo muda estaba, y en las jarcias el viento no mugía y nube alguna el espacio no manchaba. El girar el timon solo se oía monótono en la estela que formaba, cuando escuché una voz terrible y bronca, que dentro del camarote me destronca.

De mi amigo Cachete era el berrido, igual al trueno que los cielos hiende.... «¡Polvareda, diciendo, estoy perdido!.. «Socórreme por Dios! La luz enciende «que un pícaro animal desconocido «atajarme la vida aquí pretende!..» Pronto como el relámpago en su ayuda corrí en su busca con la lengua muda.

Cielos! ¿qué es lo que ví? negra, asquerosa, moviendo dos antenas... puesta en facha... de largas zancas que juega temblorosa, ví, capaz de asustar á una muchacha, con sus alas color de fango y rosa á una gorda y tremenda cucaracha; cucaracha de aspecto tan inmundito que juzgo sin rival en todo el mundo.

Estático quedé como una piedra,

y Cachete estendiendo sus dos manos como cuando Latorre en voz que arredra en el *Edipo* grita: «¡Huid, tebanos!» «¡mátala!» me gritó: y como una yedra que se abraza á los árboles cercanos; tal de mí se pegó con brazo fuerte sufriendo las congojas de la muerte.

Entonces yo, quitándome un zapato y teniendo la luz mi mano izquierda, la seguí con la vista un breve rato... Y cuando á refugiarse en una cuerda iba azorada ¡zás! la doy, la mato con zambombazo tal, que me reeuerda cuando de Jericó los muros fuertes cayeron con espantos y con muertes...

Todos. ¡Qué horror! *(Pausa.)*

Polv. Cuando acabé, á Cachete yerto hallo á mi espalda con espanto mío, que del susto fatal se había muerto como el yelo quedándose de frío.... Solo exhaló una voz su labio incierto de lágrima bañada en ancho río; «lleva, dijo con súplica cristiana, «mi postrimer adios á Doña Chana.»

De tal modo finó. Ahora, señores, en su tumba que fué la mar salada esparzamos mil lágrimas y flores á su triste memoria idolatrada: no canten ya de amor los ruseñores, ni la fuente murmure en la cañada, ni el aura aliente, ni la luna alumbre, ni el sol despunte por la altiva cumbre.

Chan. ¿Terminaste tu historia, ó mensajero de nueva tan fatal?

Polv. He terminado.

Chana. Pues al desmayo vuélvome primero que solo por oírte tuve cortado. *(desmá-yase de nuevo.)*

Polv. ¡Oh qué afecto tan tierno y tan sincero digno de ser por otras imitado.

Cur. Saquémosla de aquí: venga á mi cama que es buena á recibir tan bella dama!!

(Curro y Polvareda llevan á Chana desmayada.)

F. S. DEL ARCO.